

IBEROAMERICA AL ENCUENTRO DE SI MISMA

Tiene el lector ante sus ojos, en este número monográfico de nuestra Revista, la clara exposición de una serie de grandes problemas que atañen a Iberoamérica. Naturalmente, cada trabajo es de la personal responsabilidad de quien lo firma. El Instituto de Estudios Políticos sólo pretende que el lector tenga una panorámica, lo más completa posible, de la situación política, social y económica de Iberoamérica en esta coyuntura histórica de crisis profunda. De antemano, sin embargo, aceptamos todas las rectificaciones a los errores que pueda haber en este número. Nuestros colaboradores han obrado, desde luego, con la más sincera voluntad de acierto. Pero ya se sabe que los hombres somos falibles. Lo que, sin duda, el lector inteligente hallará en estos trabajos es el noble intento de adelantar los problemas iberoamericanos al primer plano de la atención mundial, remediando así la injusta postergación en que se los ha tenido. En esa postergación no siempre habrá influido la malquerencia o la subestimación hacia Iberoamérica—así lo preferimos pensar—, sino más bien la heredada manera con que las grandes potencias han venido, desde antiguo, enfocando la realidad internacional.

LA CRISIS PRESENTE.

El gran Humboldt dijo que Hispanoamérica era como un mendigo sentado sobre un montón de oro. Definición tan breve como severa, no toma en cuenta ni los meritorios esfuerzos hechos por los hispanoamericanos para su propio desarrollo espiritual y material, ni la circunstancia de que no es oro todo lo que reluce en la superficie o en las entrañas del vasto continente. Por ejemplo, la

pronta floración universitaria de países que ya poseían cuadros directivos al comienzo del siglo XIX o la creación de fuentes nutricias del rango de las industrias cárnicas rioplatenses son muestra de riquezas espirituales y materiales considerables, mientras que la ausencia de carbón y la calígine tropical han retrasado inevitablemente el advenimiento de la industrialización. No obstante, la sentencia del sabio alemán ha sido generalmente válida por espacio de casi siglo y medio de vida independiente, durante cuyo lapso muchas gentes llegadas de otras naciones han suplido con su iniciativa—y casi siempre pro domo sua—la que faltó a los hispanoamericanos para la explotación de sus riquezas. Esto es lo que se llamó imperialismo (norteamericano en la mayoría de los casos), un fenómeno cuya descripción se halla esbozada en alguno de los subsiguientes estudios. Hoy se le conoce con el nombre de neocolonialismo, tiene su campo principal de acción en el continente africano y estriba en dominar mediante la presión económica a países internacionalmente tenidos como independientes.

Acabamos de aludir a los factores que configuran el momento actual del mundo iberoamericano, al que va dedicado—con el más fraternal propósito—este número de nuestra Revista. Es un período en el que los gobernantes sienten el profundo deseo de sus pueblos por ejercer el control de sí mismos y de sus riquezas naturales, para que el mendigo cambie sus harapos por las vestiduras dignas de su condición humana y obtenga provechos del oro que se supone yace bajo sus plantas. Para encauzar y lograr estas justas aspiraciones son varios los procedimientos empleados por los gobernantes, y si todos son explicables, no todos pueden ser justificables, a la luz de los principios morales que deben regular las relaciones sociales. No es justificable, "verbi gratia", el que se limita a ignorar las aspiraciones nacionales y mantiene apenas un diálogo sumiso y obsecuente con las fuerzas extrañas que han regido durante años a ciertas naciones de nuestra estirpe; pero no lo es, tampoco, el proceder de quien ignora los derechos individuales, insulta las creencias religiosas, mata el esfuerzo creador e introduce en Hispanoamérica alianzas esencialmente dañinas que pueden arrastrarla a la guerra y al caos.

El hijo de unos emigrantes gallegos ocupa hoy el primer plano de la atención hispanoamericana, y aun, a menudo, de la universal.

El interés suscitado por Fidel Castro excede su singular personalidad en cuanto que simboliza el extremismo revolucionario y pone el dedo en la llaga de los abusos y de la incomprensión que han conducido a la presente encrucijada. Aunque es aún pronto para valorar justamente el fenómeno castrista, no lo es para decir que creemos plenamente justificada la intención de salir de un marasmo (alegre para los menos y sombrío para los más) a través de reformas radicales que habrían de poner en peligro intereses privados no siempre lícitamente adquiridos. Pero que creemos igualmente que sería excesivo pagar por estas reformas el precio de un enfeudamiento a nuevos amos, a los poderes que alimentan la subversión comunista contra la civilización cristiana que vertebra a Hispanoamérica y contra la que vienen produciéndose en Cuba afrentas cotidianas. La solución no puede venir por esa azarosa ruta, ni tampoco por la de un neutralismo que no es natural, como el que acaba de atacar a Occidente desde el foco nacionalcomunista de Belgrado, mientras olvidaba censurar las explosiones atómicas rusas que pueden arrasarse al mundo. La solución está, probablemente, en un esfuerzo propio más silencioso que demagógico, con menos discursos de cinco horas y más jornadas laborales de ocho, junto con una radical revisión—como la que acaba de efectuarse en Punta del Este—de las relaciones de Iberoamérica con su gran vecino septentrional para que sea éste en cuanto Estado y no en cuanto amasijo de negocios particulares el que dispense a aquélla el auxilio cordial de que ha menester. Todavía—por obra del castrismo, en gran parte—una colaboración leal podría cambiar el panorama de dolorosa escisión en que se debate lo que un día llegó a llamarse Unión Panamericana.

En este replanteo ha muerto silenciosamente la Doctrina de Monroe. Por tanto, no puede extrañar que postulemos una más intensa colaboración en el progreso iberoamericano de las naciones europeas que conocen un período de auge y que, en la hora de los grandes bloques, no pueden ser ya amenaza política o económica para aquellas naciones. Técnica y técnicos, sangre dinámica y prudente, espíritu creador como el que hizo fructificar a un Plan Marshall, he aquí lo que Europa puede y debe ofrecer a su natural versión transatlántica. ¿Sorprenderá que en esta tarea pidamos un puesto para la vieja España, que es también la España renaciente, país piloto

a medio camino hacia la industrialización y el alto nivel de vida desde un próximo origen de subdesarrollo y de penuria? Tal vez mejor que otros países a quienes la Providencia dotó pródicamente, puede España enseñar la ruta espinosa que lleva al bienestar, pues éste se ha logrado sobre las ruinas propias y frente a la hostilidad general. Ha sido logrado, en fin, por medio del esfuerzo colectivo, sin esperarlo todo de un maná exterior, a través de esos remansos de energía, de ese sacar fuerzas de flaqueza que un escritor colombiano simbolizó en "los pantanos construídos con las uñas" que hoy esmaltan la aridez de la meseta castellana. En la hora de los Mercados Comunes no son sólo las permanentes razones históricas y espirituales las que proclaman la existencia de una Comunidad Hispánica de Naciones; son también factores materiales fríamente estadísticos los que la configuran como nexo entre ambos mundos, para buscar por ese doble camino las fórmulas políticas cristianas que exige la conciencia social de nuestro tiempo.

PONER CLARIDAD Y ORDEN

Ha llegado el momento—así lo creemos—de poner claridad y orden en el enfoque y tratamiento de los problemas que traban o dificultan el progreso y la autonomía de la comunidad iberoamericana. Para ser más exactos y abarcar en nuestro concepto a toda la familia de naciones—incluyendo la República Filipina—que han nacido de la matriz ibérica, utilicemos las grandes palabras "Comunidad Hispánica de Naciones". Al planear y llevar a término este número monográfico, con todas las limitaciones de un empeño de esta naturaleza, hemos partido del principio determinante que en marzo de 1950 expuso en su visita a Washington nuestro Ministro de Asuntos Exteriores, señor Castiella: para nosotros resulta evidente que la "Comunidad Hispánica de Naciones" es uno de los bloques de naciones que más futuro tienen en el mundo. Y por eso alzamos nuestra voz para que las grandes potencias, por un lado, y las propias naciones hispánicas, por otro, se percaten de la importancia que la consideración de ese principio tiene para el equilibrio del mundo y para la imolantación planetaria de la justicia.

Pues no hay duda de que la "Comunidad Hispánica de Naciones" está llamada a ser un factor decisivo en el orden internacional.

Un factor de enlace y de concordia entre los grandes poderes que hoy se enfrentan. Pero ese objetivo requiere una entrañable unidad de acción entre los miembros de la familia hispánica. Ya lo vio lúcidamente el gran Rubén Darío: únanse... tantos vigores dispersos en un solo haz de energía ecuménica. Y en su hora lo pregonó, con toda la fuerza de su genio, el Libertador Simón Bolívar. Y a esta idea comunitaria de Bolívar se refirió el señor Castiella, con motivo del día de la "Hispanidad", celebrado el 12 de octubre de 1960, en Mallorca, a la sombra tutelar de fray Junípero Serra y del beato Ramón Llull: "Si la gran construcción política ideal que imaginó Bolívar no pudo, desgraciadamente, ser hecha realidad en su tiempo, ella se os ofrece todavía como un incitante programa de dimensión continental."

Nos parece que ese programa solidarizador constituye la más clara esperanza del futuro hispánico. En este mundo de grandes bloques de poder, sólo la unidad puede conferirles a los pueblos de raíz hispánica todo el vigor que les permita hacerse oír y respetar en un paritario diálogo de bloque a bloque.

NO FUSIÓN, SINO CONCORDANCIA

Evidentemente, no se trata de promover ninguna fusión. Unidad quiere decir concordancia de fines, armonía de propósitos. Como sucede en la música: las notas, al integrarse en el arpegio y los arpegios en la sinfonía, siguen cada uno con su valor—con su personalidad—, y precisamente de esa variedad de sonidos procede el encanto del concierto. Los pueblos hispánicos lograrán su plenitud si la edifican sobre la base de una cooperación desde dentro de cada uno. Es decir, si la cooperación es libre y no está condicionada por presiones forasteras. Quizá la crisis de estructuras en que hoy se debate Iberoamérica se debe precisamente a que, de uno u otro modo—y las pruebas están bien patentes en los estudios que reunimos en este número de nuestra Revista—, ha venido obrando mediatazada por una especie de colonialismo económico, cuando no se ha visto brutalmente sometida y subordinada a los intereses de esta o aquella empresa capitalista que recibía del exterior su impulso o su garantía de impunidad. Todos los imperialismos, cualquiera que sea su disfraz, han de ser eliminados del ámbito interhispánico.

Trata ahora de filtrarse, al socaire de la crisis que cuartea y zarpulle de conflictos sociales y políticos ese ámbito—tan sensibilizado a los agentes de la propaganda—, otro imperialismo, el soviético, que, de afincarse, barrería de allí todos los valores que dan intransferible personalidad a cada uno de los miembros de la comunidad interhispanica y a todos en conjunto el aire de familia y el sello espiritual de aristocracia humana.

Pensamos con pena el caso de Cuba. Huyendo de los abusos de una situación de dependencia económica, ha caído por obcecación y falta de serenidad política de sus dirigentes—si no es que éstos disimularon durante un tiempo la traicionera condición de soldados del Caballo de Troya de Rusia—, ha caído, repetimos, en la trampa de una subordinación que la llevará a perder su autenticidad, aislándole—política y espiritualmente—de la solidaridad iberoamericana y viéndose poco a poco determinada a trasladarse de órbita para girar en un sistema de valores que acabarán por aniquilarle el ser y convertirla en un apéndice caudal del imperialismo moscovita o pequinés. Dios sabe con qué profunda perplejidad hemos escrito las frases anteriores sobre Cuba, pues queríamos que ese país, entrañablemente unido a España, tejiese su dulce acento en el diálogo que Iberoamérica, como bloque, debe mantener en el mundo.

REGIONALIZACIÓN COMO INSTRUMENTO

Ahora bien, los pueblos de raíz hispánica—todos, sin excepción—hemos de tener en cuenta que las viejas estructuras periclitán, y de ello se prevale el comunismo para expandirse filtrándose en las grietas del sistema caduco. Con razón ha podido advertirnos un internacionalista argentino de esta hora—Mario Amadeo— que "si la comunidad hispánica no hace suya la aspiración de los pueblos a una mayor justicia social, correremos el riesgo (no tan remoto) de ser superados por la izquierda revolucionaria y marxista". De ahí la urgencia de acometer, resueltos y unánimes, el logro de una "continentalización" hispánica de la decisión política hacia el exterior. Por otra parte, como observa el propio Mario Amadeo, "un grupo hispánico unido en una política exterior estable podría dialogar mucho más efectiva y cordialmente con los Estados Unidos". Ante la insoslayable necesidad de tratar con colosos de po-

der—Rusia, Estados Unidos—, se impone la "regionalización", esto es, el agrupamiento solidario, única manera de crear un cierto grado de paridad con el otro interlocutor. Otra habría sido la situación de Cuba si, desde el primer momento revolucionario, toda Iberoamérica hubiese estado unida para apoyar lo que la revolución tenía de justa y rectificarla en lo que tenía de anárquica. Pues la virtualidad de un bloque hispánico de poder no se limitaría sólo a la defensa eficaz del patrimonio común, sino también a la propia seguridad de cada miembro y a la corrección cuasi automática de cualquier desvío que en esta o aquella parcela del bloque pudiera acontecer, por intolerancia partidista o por la brutal imposición de un clan tiránico. Y, además, sería más hacedero el propósito de una cooperación interregional y hasta intercontinental, que cada vez se vuelve más apremiante. Sería así posible establecer después, en plano de igualdad y según los intereses, una abierta colaboración con otras organizaciones regionales (O. T. A. N., Mercado Común, etc.), conforme ha reclamado recientemente el Presidente del Perú, Manuel Prado. La etapa de los nacionalismos herméticos y recelosos ha pasado ya. Los jóvenes de todos los países piensan hoy en términos regionales o continentales. Y, por tanto, la política realista que cabe y se debe hacer, es una política ultranacional o de síntesis. Sin que con ello se mermen las prerrogativas de cada soberanía, porque las distintas Patrias que forman la comunidad han de ejercer "ad intra" sus funciones con albedrío pleno y ostentar "ad extra" una personalidad propia, intransferible. Es lo que la Hispanidad tan a zurdas entendida por los sectarios irreflexivos ha buscado desde siempre, y por eso en 1950 pudo decir el Jefe del Estado español: "La Hispanidad es lo contrario del imperialismo." Y el 12 de octubre de 1955, el entonces Ministro de Asuntos Exteriores de España, señor Martín Artajo, definía así la acción del regionalismo interhispánico: "lograr su encuadramiento dentro de las formas jurídicas estables, para que cobre peso en el mundo una política hispánica libremente determinada y aceptada por todos los pueblos de nuestra estirpe".

ACTUAR EN BLOQUE

Estamos, evidentemente, en un trance crítico para la formación y desarrollo de una Comunidad Hispánica de Naciones. De un tiempo a esta parte, la regionalización o continentalización de los problemas iberoamericanos se va abriendo paso. Varios hechos los atestiguan: formación en ciernes de una asociación de Libre Comercio (Tratado de Montevideo) o Mercado Común Iberoamericano entre Argentina, Brasil, Chile, Méjico, Paraguay, Perú y Uruguay; otro intento de estructura similar en Centroamérica; los recientes acuerdos de Punta del Este—no suscritos por Cuba—, que han puesto en marcha un nuevo entendimiento—más generoso y realista entre Iberoamérica y Estados Unidos—; las varias organizaciones cooperativas que toman el nombre de la ciudad en que las decisiones fueron formuladas, a saber, Bogotá, Río de Janeiro, San Salvador, Chapultepec, etc. El fallo de algunos de esos propósitos puede estar en la presencia determinante de los Estados Unidos, que a la hora de los hechos y por el peso de su colosidad, deja en un segundo plano a los países de Iberoamérica. Cierto que en el convenio de la "Alianza para el Progreso", al que nos acabamos de referir, los países iberoamericanos han actuado con un sentido unánime, como bloque homogéneo, con la excepción de Cuba. Y la unanimidad iberoamericana en Punta del Este es el mejor augurio de fecundidad de los acuerdos allí tomados. Pues Iberoamérica no puede, si no es en bloque, pactar en plano de soberanía con los Estados Unidos. Los usos de ayer, los de la hegemonía del Tío Sam en todos los convenios panamericanos, han de ceder plaza a los usos que deben, ya desde ahora, prefigurar el mañana.

BIVALENCIA DE LO HISPÁNICO

Pero no lo esperamos todo de la cooperación económica (sea de radio panamericano, sea de radio regional interhispánico), porque la economía no puede ser más que un elemento básico para articular sistemáticamente una cooperación integral, que abarque todos los órdenes, el comercio como la finanza, la técnica como la cultura. Y que sirve para sustituir, gradualmente y sin cataclis-

mos revolucionarios, las estructuras periclitadas por otras nuevas que respondan al apremio de los tiempos. Para lo cual la Comunidad Hispánica necesita afincarse más firmemente en sus orígenes: lo mismo al autóctono que al europeo. Pues no en vano es Iberoamérica un complejo racial—la "raza cósmica" del gran Vasconcelos—y ha de ser fiel a todas sus raíces, sin preferencias suicidas. De Europa—y muy concretamente de Iberia—les vino a los pueblos hispánico y filipino el impulso y la fuerza que los ha puesto en la órbita de la Historia. La ruptura entre los elementos constitutivos del ser de la Comunidad Hispánica daría al traste con ésta, desintegrándola. Y así, el crimen de lesa historia y de lesa patria sería el enfrentamiento entre aborígenes y criollos.

INTEGRACIÓN DE TRATADOS, COOPERACIÓN CON EUROPA

Nos acabamos de referir a la multiplicidad de acuerdos y tratados que en esta postguerra se han signado en Iberoamérica. Esos tratados, que tienden a solidarizar por zonas o en su totalidad a las Américas, piden irse integrando en una vasta y compleja organización de seguridad y ayudas recíprocas, si de veras se quiere lograr la plena solidaridad en todos los órdenes de la acción. Porque ya son acaso demasiados los actos y convenios que van estipulados, y ello pudiera originar confusión y hasta impedir los fines cooperativos que se persiguen. Una docena de instrumentos interamericanos en poco más de doce años supone ya un bosquejo de preceptos por el que no siempre resulta fácil moverse. Hay que ir, ciertamente, a una "regionalización" efectiva de los problemas y soluciones, pero sin perder de vista los valores que nos autentifican y nos individualizan de cara a los demás pueblos, o bloques de pueblos. Lejos de nuestro ánimo la pretensión uniformadora, incluso en el movedizo plano de las modulaciones prácticas del poder en esta o la otra forma de Estado o Gobierno. La uniformidad es contraria al principio de la libertad de opción, principio que si vale para los individuos, debe también valer para los pueblos. Ese será el único modo de que evitemos ser número o comparsas en el carro triunfal de los colosos del poder político o económico. Y para ello no vemos otro camino que la "institucionalización", por así decirlo, del comportamiento colectivo interhispáni-

co. Efectivamente, la manera eficaz de contrapesar el exceso de las influencias estadounidenses—contra el cual justamente se han precavido tantos patriotas iberoamericanos—será que Iberoamérica estreche más y más sus vínculos con Europa y especialmente con Iberia—su matriz—, de donde todavía le va y le seguirá yendo el mayor contingente de emigración, esa gran riqueza, superior a cualquier otra, que, a la vuelta de medio siglo más, les permitirá a los pueblos del ultramar interhispanico cuajar en uno de los cuatro o cinco mayores bloques demográficos de la Tierra. Se perjudicarían a sí mismos los pueblos iberoamericanos si no cuidasen con preferencia sus tratos de todo orden con esta banda del Atlántico. Se hace apremiante una cooperación entre Iberoamérica y Europa, sobre todo en el plano de la formación intelectual y técnica. Habrá que intensificar la venida de estudiantes, creando para ellos millares de becas en las Universidades europeas. Y es obvio que la Península Ibérica constituye el foco imantador con sus Universidades clásicas, sus Escuelas de Alta Técnica y sus Universidades Laborales.

POR UNA CONFERENCIA INTERHISPÁNICA

Nose debe perder de vista la evidencia de que por el estrechamiento de vínculos con sus raíces históricas, Iberoamérica conseguiría la mejor defensa del propio ser contra externas presiones imperialistas de todo orden. Pues el común espíritu hispanico no es un espejismo tangible allá en la lejanía de la ilusión, sino un fuerte y bien templado escudo familiar contra todo tipo de penetraciones degenerativas y de neoplasias letales, que darían al traste con la Comunidad Hispánica de Naciones y la trocarían en colonia política de las grandes potencias mundiales. He aquí, pues, perfilada la exigencia de un sistema de periódicos contactos interhispanicos para el análisis de los problemas, tanto comunes como privativos, y para la consiguiente ayuda recíproca. Está haciendo falta una gran conferencia interhispanica que afronte y estudie, con criterios de solidaridad y desde ángulos de nuestra tradición humanística, la situación actual para darle las adecuadas soluciones de futuro. En cierto modo, desde los primeros tiempos de su independencia, los países de Iberoamérica "sintieron" esa necesidad de intercomuni-

cación: Congreso de Panamá de 1826; Congreso Americano de Lima en 1847-1848; Congreso Continental de Chile, de 1856; Congreso Americano de Lima, en 1864-65, y otros muchos congresos especiales a lo largo del siglo. Refiriéndonos expresamente a la solidaridad iberoamericana, fué especialmente delineada en los Congresos de Montevideo (año 1868), Lima (1878), Madrid (1892 y 1900). Y en esta misma dirección actuaron los Congresos americanistas de Madrid (1881) Huelva (1892), Méjico (1895), Buenos Aires (1930), Río de Janeiro (1922) y los de Madrid y Barcelona en 1931. Toda esa labor dispersa pide ser unificada y actualizada para que tenga plenitud de eficacia. Pues una de las cosas que más daño han venido haciendo es ese rispanoamericanismo de retóricas flatulencias oratorias, que el gran Rubén Darío anatematizó en el libro maravilloso que se agrupa en "Cantos de vida y esperanza".

Hay que crear, mejor dicho, propagar entre todos una suerte de patriotismo interhispanico, como el más sólido cimiento para la edificación de la firme personalidad de cada miembro de la Comunidad. Buen camino es el de la instauración de la doble nacionalidad en el Código civil de cada nación interhispanica, como ya lo han hecho España, Chile, Perú y otros miembros de la Comunidad. Pues es hora de superar el suicida solipsismo que asfixia y empobrece el alma y el cuerpo de quien lo practica. En pleno siglo XX, cuando cada nación europea tiende a integrarse en la síntesis Europa y se aspira ya a una ciudadanía continental que borre los obstáculos fronterizos, resulta del más miope y cicatero "decimononismo" seguir embutidos enuns estructuras que se han quedado raquílicas, y, por tanto, deformar al que no se sale de ellas a respirar a pleno pulmón el viento de las vastas "continentalizaciones". Las mismas armazones económicas, agrarias y administrativas que el siglo XX implantó, se cuartejan y derrumban, cuanto más las estructuras políticas. La Comunidad interhispanica está necesitada de ponerse al nivel de los tiempos para insertarse, en pie de igualdad, en el desfile de los grandes bloques de poder que deciden el porvenir en esta segunda mitad del siglo atómico.

TOMA DE CONCIENCIA SOBRE LA REALIDAD

Quizá la monografía resultante de los trabajos que hemos agrupado en este número pudiera ser la primera toma de conciencia global sobre los problemas de la Comunidad Interhispánica. Aspiramos a dar a nuestros lectores, los de ultramar y los peninsulares, una visión de la realidad presente, sin faramallas retóricas, sin decimonónicos complejos de nacionalismos. Porque entendemos que esa forma de conciencia global es imprescindible, más aún, es apremiante para que cada miembro de la familia tome también conciencia plena de su propio destino. Sentirse y obrar como interhispánico es ser más argentino, más mexicano, más brasileño, más venezolano, más chileno, más portugués, más español, en suma: más de la patria en que se nació. Muchas cosas han cambiado venturosamente para que hoy sean comunes las glorias patrióticas de cada miembro de la Comunidad Hispánica de Naciones.

En los últimos meses se han celebrado en Madrid varios hechos significativos a este respecto: homenaje al filipino Rizal, al argentino San Martín.

Con motivo de inaugurarse el monumento al general San Martín en Madrid, pudo decir el ministro argentino, señor Vítolo: "Bien está este monumento, y de ahí nuestra gratitud; que el padre de mi Patria esté en Madrid anunciando para los siglos futuros que España es eterna y que América es eternamente española." Y nuestro ministro señor Castiella pudo aludir en la misma solemne ocasión al doble proceso recíproco de incorporación entre España e Hispanoamérica y afirmar que América, al incorporar una parte de la historia de España, se afincaba en sus propias raíces, y que España, al honrar las glorias americanas, se incorporaba igualmente una parte de la historia de América, la cual pertenece al futuro de toda la Comunidad Hispánica. El gran historiador peruano Raúl Porras Barrenechea, previó que el día que se hicieran comunes las glorias históricas de cada país iberoamericano, habría llegado el punto de madurez de la familia interhispánica. Estimamos que ese momento ha llegado. Son patrimonio común y así lo hemos de considerar, los héroes, los santos y los sabios y los hechos decisivos que en uno u otro meridiano jalonan de esplendor la geografía y la histo-

ría de toda la ancha Hispanidad. He aquí la nueva posición en que se ha de colocar el mundo hispánico, si quiere entrar en juego dentro de los grandes sistemas políticos que hoy se distribuyen el protagonismo en la Tierra. Sin que entre ellos haya otro lazo de unión que el negativo—y quizá ilusorio—hecho de considerarse "no comprometidos", los veinticinco países neutralistas que recientemente se reunieron en Belgrado, nos han dado la pauta al formar un frente de acción diplomática. Pues bien, los países que integramos la Hispanidad tenemos una coherencia básica de estilo moral y de cultura. Tenemos un caudal de posibilidades no explotadas. La conjunción de nuestros puntos de vista sobre un objetivo común nos haría prácticamente árbitros del debate dialéctico entablado a escala mundial. Pero sobre todo nos haría invulnerables a las intrigas de cualquier imperialismo, y al afirmarnos en nuestro insobornable albedrío, a la vez nos potenciaría para influir con nuestro espíritu y ejercer una suerte de hegemonía moral.

PRESIONES SOBRE IBEROAMÉRICA

Y no se crea que hablamos sólo "ex abundantia cordis". El peso de la Comunidad Hispánica de Naciones lo reconocen ya todas las grandes potencias y, cada una, a su modo, tratan de ponerlo a su favor en la balanza. Por un lado, Rusia se esfuerza por meter su cuña en Iberoamérica—¿qué viene a ser el "castrismo", sino el sucedáneo útil con que Moscú trata de presentarse con rostro no extraño ante las masas de América?—, y está llevando a sus Universidades y a las de los "países satélites" millares de estudiantes becarios iberoamericanos. Los Estados Unidos se han lanzado ahora, con el plan Kennedy—"Alianza para el Progreso"—a recuperar el tiempo en que apenas se habían acordado de sus vecinos de Continente, más que para fomentar un panamericanismo que en fin de cuentas poco más ha hecho que ir apretando el sello de la "yanquización" desde Canadá a Patagonia. Y por último, De Gaulle, en un discurso pronunciado el verano último en la llamada "Casa de la América Latina", de París, valoró acertadamente la importancia que en la O. N. U. tienen hoy los veinte votos de Hispanoamérica. Pero este repentino interés de las grandes potencias—no olvidamos los viajes de políticos italianos, alemanes y británicos por la geografía

hispanoamericana—sería más loable si consigo llevase un programa concreto de soluciones a los problemas que impiden el desarrollo de nuestra Comunidad. Pues lo cierto es que las realizaciones fundamentales que en Iberoamérica se han hecho, son fruto del esfuerzo autóctono y del "espíritu dinámico que España y Portugal transmitieron al Nuevo Mundo". Hasta ahora han ido a Iberoamérica más propagandistas de ideas y programas culturales que plasmadores de empresas beneficiosas para el pueblo indígena. Tangibles y generosas ayudas económicas, técnicas y de todo orden reclamamos para Iberoamérica, a fin de que sus productos logren un fácil mercado exterior y no resulten bloqueados por aranceles y barreras. Estamos sobrados de retórica más o menos diplomática. Hace falta que Iberoamérica pueda explotar sus riquezas naturales y aprovecharlas en su beneficio y de los demás, pero sin imperialismos privados ni mediatizaciones monopolísticas. En fin, queremos que Iberoamérica encuentre en todas las coyunturas de la relación internacional un trato de igualdad con los demás pueblos de Occidente, lo mismo a la hora de las cargas que a la hora de los beneficios. Y entonces será llegada la hora venturosa de que el Atlántico se convierta en un Mediterráneo a mayor tamaño y se constituya en "cuna de una trascendida y potenciada civilización clásico-cristiana (como pedía el diario "Ya" en comentario al citado discurso de De Gaulle), a la que el uso de una técnica humanizada pondría a la altura de los tiempos, actualizándola en un sentido de progreso para servicio de la dignidad del hombre". Y la "latinidad", de la que tan frívolamente en unos casos y tan intencionadamente en otros se hace bandera, sería espontáneamente asumida por una "atlanticidad" coherente y de valores bien armonizados, sin humillante hegemonía de una de las partes. Y, en fin, con tan auténticas raíces, que el cimiento básico del espíritu hispánico—como núcleo determinante de uno de los bloques "atlánticos"—no perdiera su razón de ser ni su firme energía caracterizadora.

DECISIÓN SOBRE LO PERMANENTE

En toda crisis histórica, lo importante es saber decidir sobre lo que tiene que decaer definitivamente y lo que ha de salvarse de todos modos.

Hemos dicho que el imperialismo ha de ceder el paso a formas de colaboración auténtica. Tal es, sin duda, el sentido del Plan Kennedy y la "Alianza para el Progreso". A la "buena vecindad" viene ahora a sumarse la "ayuda justa".

Ello supone, a su vez, la necesidad de un nuevo orden institucional interamericano. El caso de Cuba ha demostrado que ni la Declaración de Río, de carácter estratégico, ni la Declaración de Caracas, de carácter ideológico, han servido para nada en la práctica.

Lo cierto es que nos enfrentamos con una nueva situación de poder en el mundo, y una nueva actitud de los países necesitados de desarrollo económico, en los que se han exacerbado el nacionalismo y la xenofobia, lo que ha dado lugar a una nueva exasperación en torno al principio de "no intervención".

Así, mientras el imperialismo soviético interviene en todas partes, los demás no pueden defenderse. Mientras en el mundo entero una sutil cadena une a hombres como Bayo, Castro, Galvao y El Campesino, los países libres se imponen a sí mismos la indefensión.

¿No habrá que revisar ciertos tópicos? La lectura del número 53 de "Cuaderno", dedicado monográficamente al tema "América Latina frente a su destino", le llena a uno de dudas. El viejo error de obstinarse en que ese destino sólo pueda realizarse en una dirección ideológica reaparece, en vez de proponer la búsqueda de formas originales, adaptadas a la naturaleza y problemas de los pueblos hispánicos.

La ayuda financiera no basta; hacen falta nuevos cauces de reforma social. Lo que hizo el Plan Marshall en la Europa occidental no lo logrará el Plan Kennedy en América si no se encuentran fórmulas adecuadas de acción económica, social, educativa, política. Uno de los autores del citado número de "Cuadernos" (Francisco Paré, "Latinoamérica y su política internacional") reconoce, sin emgargo, que en esta confusión el que gana es el comunismo. "La estrategia típicamente comunista—escribe—, que consiste en filtrar la revolución a través de la conciencia liberal, está logrando buenos éxitos en el hemisferio americano, estrategia que consiste en obligar indirectamente a los liberales a obrar de acuerdo con los intereses comunistas sin que el agente se dé perfectamente cuenta de lo que hace, antes bien, creyendo el agente que, en realidad, está

obrando como liberal." Todo fracaso o ineficacia a estas alturas sería irreparable.

En su propio ser hispánico, en lo permanente de su tradición y destino histórico, han de encontrar los pueblos iberoamericanos la respuesta; lo mismo que ansiosamente buscan, a la altura de los tiempos, los pueblos hermanos de España y Portugal. España, que en estos días celebra el XXV aniversario de su nuevo Estado, desea cordialmente a los países hermanos que encuentren su propio camino, y les brinda cordialmente sus experiencias en la creación de una vida política libre, dentro de las necesidades de los tiempos.

ESTUDIOS